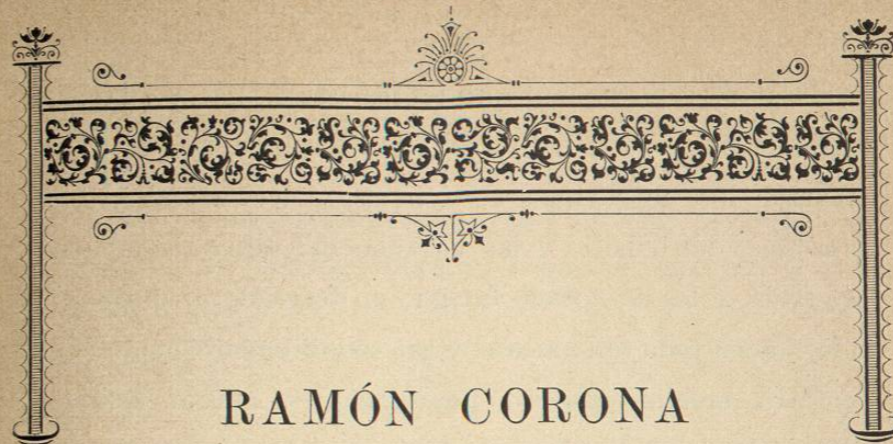




FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



RAMÓN CORONA

SEGUNDA PARTE

CARTAS DEL DESTIERRO



IGUEL Caballero de los Olivos á Eugenia Jecker
y Ubiarco, su mujer.

Córdoba, á 4 de Junio de 1863.

Eugenia mía: hoy saldremos de esta ciudad, que Dios bendiga, porque ha sido con nosotros tan buena y tan generosa como pocas. Llevamos diez días cabales de permanecer en ella, y durante ese tiempo no nos han faltado ni los alimentos, ni la compasión, ni los mimos, ni el cuidado que podíamos apetecer: estas excelentes familias se han turnado en lo que toca á la atención y el cariño con los pobres prisioneros, y han echado entre sí guantes de dinero, ropa y alimentos para mantenernos á

VALVERDE Y TELLEZ

todos, que somos como quinientos entre jefes y oficiales. Calcula por esto si habrá habido necesidad de que se esfuerzen los nobilísimos cordobeses y de que aflojen los cordones del bolsillo y las válvulas del patriotismo; pero en nada se les ha notado fatiga, ni desgana, ni indiferencia: hacen todo tan natural y tan sencillamente como si no costara mucho esfuerzo pecuniario y mayor esfuerzo patriótico, pues ayudarnos equivale á granjearse el sambenito de disidente, de desafecto, de enemigo de la intervención, de cualquier cosa, que no dejará de traducirse en multas, amonestaciones, encarcelamientos y fieros males. Dios bendiga, pues, á los buenos cordobeses, les aumente sus cosechas, haga crecer sus cafetales, vuelva todavía más bellas y más honradas á sus mujeres y á ellos más valientes, patriotas y generosos.

Pero no todo ha sido vida y dulzura, por más que tengamos razón de sobra para alegrarnos de nuestra prisión. Como sabes, salimos de Puebla el veintidós de Mayo; aún me parece ver entre el gentío estupefacto que nos aguardaba, tu deliciosa carita pálida y tus ojos llenos de lágrimas. Te confieso que tuve que hacer gran esfuerzo para no soltar el trapo al ver el rostro sonrosado de Miguelín, cuando tú le alzaste en vilo. En lo más hondo de mi cerebro guardo las imágenes de aquellas manecitas apretadas, de aquella carita roja, de la falla de encajes, de las mantillas de bayeta y de los pañales que dejaron ver las

piernas encogidas y los piececitos como capullos de rosa.

Fuera de la garita nos hizo una terrible *sommation* el oficial que nos iba custodiando: el que se moviera, el que



tratara de escaparse, el que hiciera señas ó mantuviera correspondencia con los campesinos ó los transeuntes, sería muerto como un perro y abandonado en el camino para escarmiento de los que atrás venían.

Los pobres, deportados parecíamos figuras salidas de alguna hampa truhanesca y desaforada en que fueran los timbres mejores miseria y desnudez. ¿Te acuerdas de aquellos trajes que estrenamos al comienzo del sitio? En galones, espiguillas, alamares y bordados gastamos cuanto teníamos y quedamos debiendo buenos picos; pues bien, aquellos uniformes que nos parecían el acabóse de la elegancia, aquellos oros y aquellos paños, aquellos botones y aquellas charreteras se quedaron sobre los fortines, entre las tapias abiertas ó cerradas, detrás de las rejas, en manos de los franceses, en todas partes menos en nuestros cuerpos, donde sólo restaron unos pocos trapos desteñidos, desgarrados, tristes y sin bríos.

Quiso nuestra mala suerte que empezaran á saberse las fugas de los generales el mismo día de nuestra salida de Puebla; así, pues, las que se tomaron contra nosotros no fueron precauciones, sino rigores espantosos con que se trataba de impedir hasta que habláramos unos con otros. Sin embargo, no te puedo negar que el aspecto de aquella mañanita suave y clara, que aquel olor á tierra mojada y aquella hierba tapizada de perlas de bellissimo oriente, me hicieron cargar con ánimo el bastón que llevaba en la punta el hatillo en que se guardaba todo lo que tenía en este mundo sin contar á ti y al mamón que me enseñó por despedida su cuerpecito, que parecía un ramo de rosas empapado en leche.

Caminábamos tristes y pensativos cuando oímos el aletear de un gallo, luego su cacareo ronco y belicoso y al fin el gruñidito de placer que lanza después del calderón. Nadie reparó en aquello, pero como se repitió tres ó cuatro veces, nos dimos cuenta de que salía de nuestro grupo: era Inclán, Pepe Inclán, el gran Inclán, el loco Inclán, Inclán el famoso, que lanzaba aquel reto al gallo francés y le demostraba que el gallo de aquí no tenía nada que envidiar al otro, puesto que el nuestro no entendía de clavar el pico aunque se sintiera herido y desplumado. De allí en adelante, Inclán fué nuestra alegría y nuestra diversión.

El cura de Amozoc (como después los de Acultzingo y San Agustín del Palmar) echó á vuelo las campanas de su iglesia, al ver nuestra llegada, pues quizás trataba de dar á entender que la religión había obtenido un triunfo mediante la captura de los tercios defensores de Puebla, y que los que marchaban allí atraillados y humillados eran algunos heresiarcas cuya captura importaba celebrar por lo que en ello salía ganando la religión. Yo, que no tengo la cachaza del cura Morelos, no pude exclamar como el grande hombre cuando le metían preso á Teopiecuacuilco: «Ya sé de estos gustos; qué bien se conoce que vengo aquí», sino que empecé á llorar desconsolado quejándome al cielo de la picardía del cura ó de la de sus adláteres.

Pero no me imitaron mis compañeros; cuando yo me

lamentaba con más aflicción, oí un grito, una carcajada, el chapotear del agua, y vi que Inclán nadaba como un pez en el tazón de una fuente que honra la plaza de Amozoc. Primero, se sumergió para salir en el otro extremo del recipiente, luego lo recorrió nadando á brazo partido, y por fin salió calado, moviendo la cabeza, alzando los brazos, ensayando un paso de pavana y derramando gotas por todas partes.

— ¡El loco, el loco!, comenzamos á gritar.

— ¡Maldito loco, qué remojón te has dado!

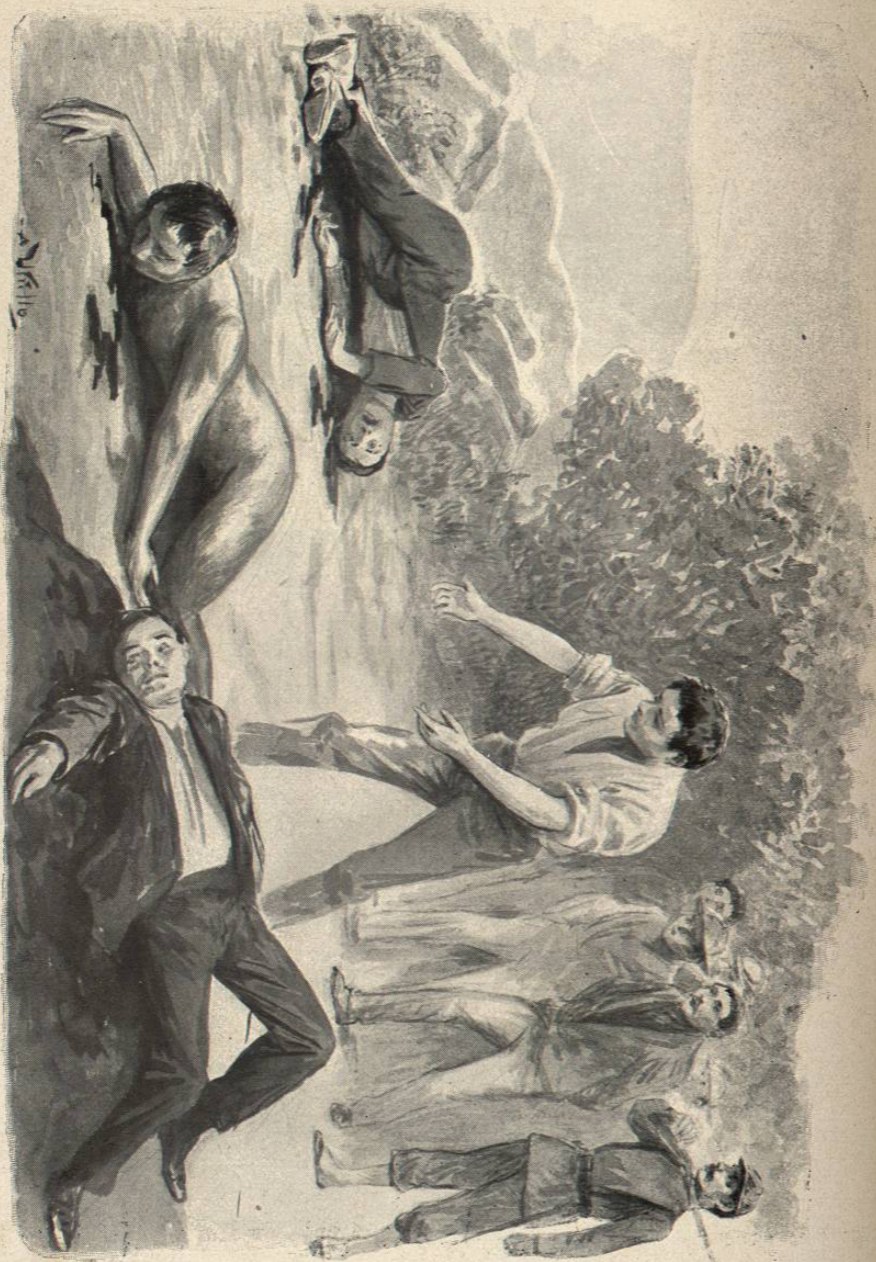
— ¡Ah, loco!, ¿y qué ropa te mudas ahora?

Los zuavos que nos custodiaban, al ver que salía de las filas un hombre, se espantaron, cogieron marrazos y rifles y estaban prontos á disparar contra Inclán cuando oyeron lo de *loco*.

— ¿Loco? nos preguntaban... ¡Pobrecillo!; la gracia de Allah, caminará con nosotros... ¡No hay que maltratarle, no hay que hacerle daño!... No necesitó más Inclán; cuando menos lo pensábamos echaba á correr sin que nadie le detuviera, se subía á los árboles, gritaba, nos decía insultos, manejaba los fusiles de los zuavos y hasta solía pegarles con varas que arrancaba en el camino. Y los pobres orientales no sabían decir más que «¡pobre loco, pobrecillo!... ¡Es un favorito de Allah!».

A las doce el sol comenzó á picotearnos, y á pesar de que nos cubrimos más que de prisa con el pañuelo que

... Vimos tres cadáveres tendidos en el camino...



llevábamos enrollado en el sombrero, y de que tratamos de arrimarnos á la margen del camino, que estaba sombreado por algunos matojos y unas peñas elevadas, no tardamos en salir á una sabana blanquizca y arenosa que nos causaba dolores de cabeza, para empezar á descender una cuesta tan larga y triste que creíamos no iba á concluir en cien años.

Es tal el miedo que sienten nuestros guardianes al pensar que podemos escaparnos, que apenas se acerca á nosotros un indio compasivo y receloso, queriendo obsequiarnos con un jarro de agua ó con un *tapique* de tortillas, ya la escolta está sobre él golpeándole y haciéndole la graciosa oferta de dejarle seco de un tiro. Sólo Inclán, mediante sus cabriolas y sus gestos, sus carreras y sus dichos, logra imponerse á los argelinos, nuestros guardianes, que le ven con temor supersticioso y le conceden cuanto se le antoja.

Pero llegó á perder momentáneamente su prestigio el buen Inclán: la noche que siguió á la de nuestra salida se escaparon dos cabos y un sargento; oímos gritos, ¡quién vives!, carreras, golpes y varios tiros que sonaron como disparos de cazadores; luego se restableció el silencio. Pensamos en una falsa alarma, pero al día siguiente, apenas habíamos salido del paraje, cuando vimos tres cadáveres tendidos en el camino; uno estaba completamente desnudo y tirado á mitad de la senda, los otros dos